

137 puntos rojos

Celeste Castillo

Conocí al aviador Dro en el año 17 a. C. C. (antes del Cambio Climático). Fue aquel viejo piloto quien me enseñó a recuperar mis cintas de recuerdos una vez que me tocase 'volver' a la vida. Y ese día ha llegado. En el hangar me espera la Starship SN22, una de las naves creada por Elon Musk, gobernador de la galaxia Amazon desde que la Humanidad decidió vivir en el espacio.

En la Tierra, el colapso obligó a los seres humanos a escapar, y no porque las condiciones atmosféricas fuesen una amenaza para su supervivencia, sino porque en la nueva biodiversidad no teníamos cabida. Allá abajo, la 'nueva normalidad' quedó trastocada cuando la masa antropogénica superó todos los niveles conocidos: la producción material generada por la actividad humana pesaba el doble que todos los seres vivos que habitaban el globo, y eso hacía peligrar su forma, composición y movimiento. La única salida era desechar todo lo fabricado, reciclar lo necesario y buscar otro lugar de residencia. En menos de una década, el planeta se había salvado, el aire se había purificado y los ecosistemas funcionaban como un reloj. Eso sí, sin nosotros.

En la vida espacial, la escasez de alimentos nos obligaba a hibernar por turnos durante al menos 24 meses. Había que ahorrar. Después del turno de letargo, me tocaba 'resucitar' y cumplir la misión encomendada por Dro: encontrar un lugar concreto en las coordenadas terrestres 43°17'32"N 3°57'56"O. El mensaje apareció en pantalla nada más poner en marcha los motores. "Cuando aterrices, tienes que acceder al sector VI. Nada más entrar gira noventa grados a la derecha y déjate llevar por el trazado rectilíneo del corredor. Allí la temperatura ambiente no sobrepasa los 15 grados centígrados y la humedad es del 99 %. Lo que allí veas explicará muchas cosas".

El viaje apenas duró tres horas. Era la primera vez que iba a pisar tierra firme desde la Gran Escapada, el día en que 9.000 millones de *homo sapiens* abandonamos el planeta que había servido de residencia durante más de 300.000 años.

Al bajar de la nave lo primero que hice fue quedarme desnudo como el resto de seres vivos que andaban por allí sin molestarse por la llegada de un extraño. Todo brillaba, cualquier sonido en esa zona montañosa, y cubierta de múltiples verdes, era nítido. El paraíso que un

día fue tenía todo su esplendor. Las coordenadas exactas correspondían a la entrada de una gruta de suelo arcilloso con un letrero oxidado donde se podía leer 'Cueva del Castillo'. Retiré las zarzas, aparté unas pocas rocas y allí estaba el pasadizo de acceso. Mis pies sentían como nunca lo habían hecho antes: la humedad del barro, las grietas y pequeñas piedras del estrecho camino.

Al principio agachado, y después erguido, anduve unos cien metros hasta localizar con la linterna un pequeño dibujo en la pared que indicaba el sector VI. Giré a la derecha y me dejé llevar en línea recta. Al final, en una roca desgastada por el agua durante miles de años, divisé un punto rojo de unos 5 centímetros de diámetro, opaco en el centro y difuminado alrededor. Detrás había otro punto, y otro más. Conté hasta 137 discos rojos dispuestos como una estela. A su alrededor, en la parte inferior, había pinturas negras de trazos simples: caballos, renos, bisontes. Tuve que sentarme para admirar aquella obra del paleolítico. Me separé un poco para iluminar toda la composición y entonces comprendí que aquellos discos rojos eran la primera representación que nuestros antepasados habían hecho de las estrellas que poblaban el firmamento hace 40.000 años. Aquella galería de discos rojos había sido nuestro primer planetario.



Galería de los discos rojos, [cueva del Castillo](#) (Puente Viesgo, Cantabria) 43°17'32"N 3°57'56"O